

*Treinta días en
Moscú: la escritura
de un libro de viajes*

José Manuel Prieto

Narrador, ensayista y traductor cubano. Autor de varias novelas, entre las que cabe destacar *Nocturnal Butterflies of the Russian Empire* y *Rex*, ambas traducidas al inglés, francés, y alemán, entre otras lenguas. Fue becario del Center for Scholars and Writers de la the New York Public Library y de la John Simon Guggenheim Foundation. Es profesor asistente en Seton Hall University y ha sido profesor invitado en la Universidad de Cornell y Princeton University. Actualmente reside en Nueva York, donde acaba de terminar su más reciente novela *Voz humana*.

Contacto:

josemanuelprieto@hotmail.com

PALABRAS-CLAVE: Moscú,
Perestroika, Glasnost, Viaje,
Cuba

KEYWORDS: Moscow,
Perestroika, Glasnost, Travel,
Cuba

RESUMEN: “Treinta días en Moscú” es un relato de viaje focalizado sobre la metrópolis rusa en el mítico año 2000. Estos textos reflejan la vida de la metrópolis, sus problemas y sus habitantes. Novelista, ensayista y traductor de renombre internacional, José Manuel Prieto llegó a Moscú en un momento único de su historia reciente, cuando la gran ciudad sufría profundas transformaciones. Prieto tuvo entonces la oportunidad de entrevistar a los protagonistas de esos cambios.

ABSTRACT: “A Month in Moscow” is a travel account focused on the Russian metropolis in the mythic year of 2000. These texts reflect the life of the metropolis, its problems, and its inhabitants. Renowned Cuban novelist, translator and essayist Jose Manuel Prieto arrived in Moscow at a unique moment in its recent history, when it was going through profound transformations, and had the opportunity to interview the protagonists of these changes.



DESDE UN COMIENZO CONCEBÍ *Treinta días en Moscú* como un híbrido entre libro de reportaje y libro de viajes. Grabadora en mano entrevisté a cada una de las personas que aparecen en el libro, al joven redactor de una de las primeras revistas de papel cromado de corte occidental publicadas en la Rusia postsoviética, pasando por Tom Klaim (un nombre inventado para que “sonara” extranjero), primer magnate de la industria de la moda, y terminando por el lugarteniente de Pedro Smirnov, un heredero de los Smirnof fundadores de la célebre vodka, que habían comenzado a destilar siguiendo una antigua receta,

entonces en litigio con Smirnoff, con dos “efes”, la marca occidental. Fue un proceso arduo, acumulé muchas horas de grabación que luego de regreso a México, donde vivía por aquel entonces, transcribí fielmente. Enseguida vino la tarea de elaborar monólogos con aquel material. Los fusioné de modo que mis preguntas no aparecieran y el texto del entrevistado fluyera en forma de un soliloquio natural.

El segundo elemento constitutivo del libro son las partes del más puro reportero entreveradas con mis reflexiones sobre la vida en Rusia, donde había estado viviendo hasta muy pocos años antes, y adonde había viajado en tres ocasiones desde mi salida de San Petersburgo, en 1994.

Mis modelos, dos libros que releí antes de emprender vuelo a Rusia, fueron *Las voces de Marrakech*, de Elías Canetti y el inigualable *Un bárbaro en Asia*, de Henri Michaux. Dos libros en los que aparte de la observación, del encuentro con las personas del país, de los esbozos tomados al natural, lo que prima es una formidable calidad literaria. Son obras atendibles por sí mismas en cuanto a literatura del más alto nivel y no tan sólo por el testimonio del viajero.

Sin yo saberlo ni proponérmelo había ido practicando la escritura de *Treinta días*. Cinco años antes, en 1995, había hecho una visita de trabajo a Moscú y San Petersburgo y visitado el así llamado “Vaticano Ruso”, en la ciudad de Serguiev Possad. Sobre aquella visita escribí este texto que publiqué en *Travesías*, una revista de viajes que acababa de arrancar en México.

En 1997 visité nuevamente Rusia para investigar sobre mi tesis doctoral, “Terror de Baja Intensidad en la URSS, 1929-1953”. En esa ocasión permanecí más de un mes en Rusia, trabajé en bibliotecas y archivos, y conocí a la albacea literaria de ese gran escritor del Gulag que se llama Varlam Shalamov, cuya obra considero mucho más importante, literariamente hablando, que la de Alexander Solzhenitsyn. En aquella ocasión concebí la idea para otro reportaje

de viaje, “El templo que renació del agua”, una amplia crónica sobre la reconstrucción en el centro de Moscú del célebre “Templo del Cristo el Salvador”. Presenté entonces el proyecto a los editores de *Letras Libres*, que recién comenzaba su trabajo, y les pareció excelente. Aquella obra arquitectónica representaba el renacer político y nacional de Rusia y ocupaba un lugar bien visible en la rivera del Moskvá, en el centro de la ciudad. Dicho texto fue el primero que la revista decidió ilustrar con fotos. Durante la escritura de este artículo, que es también un híbrido entre reportaje y relato de viajes, entrevisté al famoso escultor Zurab Tsereteli, quien creó un taller para volver a fundir las campanas del templo, las primeras que se fundían en Rusia luego de la caída del comunismo. Un acto de un simbolismo tremendo que recordaba la formidable escena final de *Andrei Rublev*. Entrevisté también al Arquitecto Principal de Moscú, entre otras personalidades que cito en el texto, incluido el hoy día muy célebre escritor Vladimir Sorokin.

TREINTA DÍAS EN MOSCÚ, EL PROYECTO

A fines del milenio comencé a imaginar cuán atractivo resultaría dejar un testimonio de lo que sería el mítico año 2000. Una suerte de libro de viajes, pero por el sólo expediente de escribir la ciudad donde vivía, Ciudad de México. ¿Cómo vivían, qué hacían sus habitantes, cuáles eran sus principales preocupaciones? Un corte, en suma, de aquel año. Y durante un encuentro internacional de escritores que organizó la Universidad del Claustro de Sor Juana, en una conversación que sostenía bajo uno de los portales, descubrimos el escritor barcelonés Gabi Martínez y yo, que era él quien había escrito una muy elogiosa reseña de mi novela *Livadia* en el diario *La Vanguardia* de Barcelona. Supe – debe habérmelo dicho – que era escritor de viajes. Y le comenté esta idea mía

del reportaje *Año Cero*, título que la colección terminaría teniendo. A Gabi, que es un excelente escritor de viajes, quizá uno de los mejores de nuestra generación, la idea le pareció excelente de inmediato. Imaginé posible mercadearla en España. Me aseguró que encontraría editor. A los pocos meses me escribió para contarme que la había llevado a Claudio López de la Madrid, el editor barcelonés de Mondadori, y que a aquél también le había entusiasmado la idea. Que había crecido. Decidieron que incorporarían más ciudades y más autores. La lista final era de lujo: Rodrigo Fresán, Hector Abad Faciolince, Santiago Gamboa, Roberto Bolaño, Gabi Martínez, Lala Isla y un servidor. Como tal, no creo que haya habido hasta la fecha un proyecto semejante en todo el ámbito del español. El mérito de Gabi es sin duda haber sabido desarrollar aquel proyecto y hacerlo más abarcador, a partir de lo que yo había imaginado inicialmente como un reportaje de tan sólo la ciudad de México.

La Colección Año 0

Los libros resultantes, aparte de mis *Treinta días en Moscú*, fueron *Mantra*, del argentino Rodrigo Fresán; *Octubre en Pekín*, del colombiano Santiago Gamboa; *Una novelita lumpen*, del chileno Roberto Bolaño; *Hora de Times Square*, del español Gabi Martínez; *Oriente empieza en El Cairo*, del también colombiano Héctor Abad Faciolince y *Londres pastel sin receta*, de la española Lala Isla.

La idea original de la colección fue alterada un poco en su naturaleza. No todos o prácticamente ninguno se atuvo a la idea inicial del *libro de viaje*. El de Roberto Bolaño es, como su propio nombre lo indica, una novela; el de Rodrigo Fresán, gigantesco y un tanto amorfo, también es una novela y fue bastante mal acogido en México, algo injusto, por otra parte. Sí son libros de viajes el excelente de Santiago Gamboa sobre Pekín, el de Héctor Abad sobre El Cairo.

En cualquier caso, se trata de un ramillete de obras que muestran la visión de autores iberoamericanos sobre el mundo. Una inversión, en esencia, de sujetos observados, como había sido inveteradamente, a observadores sagaces e inteligentes de las principales urbes del planeta en el año 2000.

La colección salió anunciada con bombos y platillos en el 2001 y fue todo un éxito. Mi libro fue traducido al italiano y futuramente lo será al ruso y posiblemente al inglés. La novelita de Bolaño adquirió vida propia dentro de su obra, aunque la destacaba como parte de nuestra colección. Santiago Gamboa, que escribió sobre Pekín, es también un excelente escritor de viajes; recientemente ha viajado a Etiopía tras la huella de Arthur Rimbaud.

LA EXPERIENCIA MOSCOVITA

Moscú fue fantástico. Pasé el lluvioso verano del 2000 haciendo las entrevistas, visitando lugares que no conocía de la gigantesca ciudad. Constatando los avances tremendos del capitalismo en la antigua Unión Soviética. Como tal es un libro en el que se encuentran los primeros pasos de lo que es hoy Rusia. Una de mis entrevistadas fue Daria Sivina, la primera crítica de restaurantes de Moscú, en un país que, bajo el período soviético, había sido notorio por su escasa y deficiente red de restaurantes. Luego de la caída de la URSS estos habían comenzado a aparecer como hongos después de la lluvia; restaurantes de todas las cocinas imaginables: italiana, mexicana, coreana, china. En el *Hola México*, por cierto, trabajaba de gerente un muy buen amigo mío. Otra de las personalidades que aparecen en las casi doscientas páginas de *Treinta días en Moscú* es el académico e historiador de la ciudad -hijo del célebre Otto Smicht, explorador soviético del Ártico-, Sigurd Smicht, a quien visité y entrevisté en las afueras de Moscú. El resultado es uno de los libros que más quiero.

Los fragmentos que incluyo en esta nota reflejan las peripecias de un día de trabajo durante mi viaje a Moscú. He incluido fragmentos del libro, algunos de los monólogos más interesantes y, al final, el relato de un simpático incidente (como ahora lo veo) en el *Complejo Espiritual Educativo de las Religiones Tradicionales de Rusia*, una suerte de “parque temático religioso” donde, por iniciativa de un científico de origen musulmán se habían construido dos mezquitas, un templo budista, una sinagoga y una capilla ortodoxa. Mi accidentada visita a aquel lugar refleja la violencia y la paranoia de la Rusia de hace ya once años.

TREINTA DÍAS EN MOSCÚ

(fragmentos)

Un café en el centro

Encuentro un café donde puedo trabajar cómodamente frente a una ventana encristalada. En el mismo centro de Moscú. Los veo avanzar, a los rusos, a sus trabajos. En una zona de oficinas. Mujeres mayormente, pero también hombres. Lo que me asombra de cualquier ciudad es la vida que sigue llevando cuando no estoy, su absoluta independencia o autonomía. No aparece cuando abro los ojos en ella, amanezco allí. No. Sigue todo el tiempo, pulsando. Eso no deja de intrigarme. Que cualquier moscovita, Daria Sivina, por ejemplo, en octubre o bien más avanzado el año, en noviembre, baje de su casa y descubra que ha nevado y mire a ambos lados de la calle sin dudar un segundo que la ciudad ha estado allí toda la noche, que no simplemente se materializa porque ella la esté mirando. O ahora, cuando yo la veo, que no son figurantes que han bajado allí, la mujer que barre la calle con un chaleco amarillo de los servicios

públicos, el hombre que es llevado por una pareja de policías, dando traspiés, la muchacha que se cubre del sol y vende helados en las aceras: los seguirá vendiendo en agosto y hasta bien entrado el invierno. No se levantará y preguntará: “¿Ya se ha ido? Ese que escribe un libro”. No. Soy el puntito más insignificante tras el cristal de la ventana.

Este café no estaba el año pasado. Han aprovechado el demasiado ancho de las aceras, el espacio que dejó el poder soviético y han construido pabellones de cristal que acercan las aceras, conectan los edificios como el tejido nuevo entre los labios de una herida. Café, tiendas, agencias de viajes, peleterías, todo en esos pabellones de cristal. O como las carpas de un ejército que acampa en los accesos de una gran ciudad: no implican mucho gasto y pueden ser arrollados, embalados para una retirada de urgencia. El mismo aire de provisionalidad. Pero como son de acero y cristal, brillan como nuevos, alegran la vista, resultan habitables, con tiros de aire frío para los meses de verano, mesitas cromadas. Limpios y bien iluminados.

Un vendedor de libros callejeros

Es un hombre delgado, de unos cincuenta años, con la barbilla entre pelirroja y amarilla, muy delgado. Usa pantalones deportivos, de lana, un ventisquero quemado por el sol. Y sabe de libros como cualquier amigo mío, Ernesto, por ejemplo. Quizá es un contemplativo, pero debe comer y entonces vende libros. Que guarda en una caja de cartón. Los señala recitando los títulos. Este me dice, Cátulo, *Obra Poética*, o éste Otto Weininger, *Sexo y carácter*. Una fea y sospechosamente delgada edición en ruso que saco de la caja, interesado. En español está en *Taurus*, un volumen comentado y extenso. Pero veinte veces más caro. Por qué quiero llamar la atención sobre esto. Todavía hoy es posible comprar

por casi nada libros en Rusia. Y no libros viejos, sino nuevos, preciosamente editados, con tapa dura y sobrecubierta, excelentemente traducidos, anotados.

Liudmila Petrushevskaya, escritora

Si me preguntaran qué escritor ruso me parece el mejor y más interesante, diría sin dudar, que Liudmila Petrushevskaya. Sus cuentos comparten el mismo grado de franqueza, de unidireccionalidad de la mirada, de nada superfluo que su propio porte. Viste una blusa larga, amplia, de fondo azul estampado con flores o manchas blancas, una falda larga azul con flores a relieve. Un anillo en su anular. El aspecto de alguien que ya sólo quiere parecer elegante (Una o dos horas después, cuando bajamos al metro (siempre viaja en metro) al insertar yo la tarjeta magnética en el torniquete, la veo pasar despreocupada por frente a la celadora que hay en cada estación.

– ¿No paga usted?

– Soy jubilada.

Eso me toma por sorpresa, la miro otra vez bien y claro: el tejido flácido, que la gravedad ha hecho descender, el color apagado de su pelo. Pero como me ha hablado de su libro que saldrá pronto y de otro que escribe, me cuesta trabajo empalmarlo ahora con lo de la jubilación.).

Petrushevskaya: los apartamentos comunales.

“Quiero explicarle qué es un apartamento comunal, sin ello no se puede entender esta ciudad. Yo he seguido escribiendo sobre esto, sobre la vida en los multifamiliares porque no he cambiado de tema. Los nuevos rusos no se han convertido en personajes de mis cuentos. Escribo sobre los “bajos fondos”, sobre las “pobres gentes”. Hace mucho decidí que ellos eran mis personajes,

sólo ellos, sus vidas. Y sólo ellos me interesan. Porque, ¿sabe usted?, es malo cambiar de personajes, es un consejo que le doy de escritor adulto a escritor joven. Siempre les digo a mis estudiantes: solo tienen un tesoro: su niñez y su juventud, los años cuando percibían el mundo de manera inconsciente y así se grabó en sus mentes. Escriban sobre cada una de las personas que quizá vivió con ustedes en un apartamento comunal, que conocieron en su infancia. Pueden ser unas diez o quince personas, ¿se imagina? ¡Todo un libro!

Las cuatro semanas

Tengo la impresión, acostado en mi cuarto, que puedo escuchar crecer el tejido como se escucha crecer la hierba, el crepitar de la partición celular y cómo todo ese nuevo tejido se va vaciando en los moldes de nuevas casas, de nuevas costumbres y nuevas personas. Porque primero se restituye el *tejido humano* [primera semana], luego el *tejido arquitectónico* [segunda semana], después el *tejido de la memoria* [tercera semana] y por último *el tejido del presente* [cuarta semana]. Restañando primero las heridas del tejido urbano, poniendo casas donde antes había casas (no apartamentos comunales), templos donde antes había templos, gimnasios y liceos donde antes había escuelas-tipos, diversificándose; poniendo hombres donde antes había ejecutores de planes quinquenales, insuflándoles aire, llenando el vaciado de hombres libres, mecenas, nobles, (aunque también pobres y mendigos). Mirándose todos en el espejo, “haciendo memoria” penosamente: ¿Quiénes éramos antes y quienes somos ahora? ¿Éramos nobles? ¿Eran malos todos los que creíamos malos? ¿Eran buenos todos los que creíamos buenos? Analizando todas las palabras que salen de su boca, detenidas en el aire, cayendo al piso suavemente, conformando un rostro en el piso, el de sus padres, el de un abuelo. ¿Quién soy y de dónde sale todo ese tejido nuevo que sale de mí, pero que ni yo mismo sé

para qué sirve? Aprendiendo a usar la nueva casa, de pie en medio del cuarto, admirando maravillado el sol en el parqué, las nuevas ventanas (¡las ventanas!), elevándose como magma aquel tejido nuevo, sin dejar de fluir al cuarto de baño, llenando sus anaqueles de cosméticos nuevos, cremas vitaminadas, a la alacena, llenándola de *delicatessen*, de licores desconocidos (y arrastrándolo de otras casas, perdiendo el tejido viejo consistencia en muchas casas, en millones).

Daria Sivina, crítica culinaria

Querrás que te cuente cómo fue todo el movimiento gastronómico, cómo se desarrolló. Yo escribo una columna desde 1992. Sí, prácticamente desde los primeros restaurantes. Me hice crítica, casualmente, como todo aquí en Moscú. Yo vivía en Petersburgo y terminé allí el Instituto de Teatro Música y Cinematografía, en la especialidad de Crítica Teatral. Luego me casé y me vine a Moscú. Y el *Komersant* estaba contratando a nuevas personas. Uno podía llegar, probar algo... Te ofrecían escoger entre muchos temas y este tema era nuevo... Nadie sabía hacer nada, claro está. En aquel momento la principal tarea era contraponer la cocina casera a la de restaurante, porque en los restaurantes soviéticos robaban, la comida era muy mala y en nada se parecía a lo que se come en casa.

Sobre las moscovitas

Y los tobillos. Podría hablar de los tobillos en extenso. La moda de los pantalones recogidos a mitad de la pantorrilla (¿Pescadores? ¿Les llaman pescadores?), me permite inventariar los preciosos tobillos de Moscú. Podría hablar aquí en extenso de ello como un admirador de tobillos del XIX. Podría subir luego, ascender a un escalón superior de análisis, las rodillas pongamos, pero

prefiero hablar de los tobillos, quedarme en los tobillos como un elemento exquisito. Y bien: no hay capital del mundo donde se puedan admirar mejores y más bellos tobillos que en Moscú. *En la capital hay un millón de mujeres más que hombres*, dice un diario.

En el Centro de las Religiones

No sabía que sería tomado por un espía, perseguido por un guardia de seguridad, interrogado como un espía. No lo sabía y por eso actué de la misma manera que en tantos otros lugares, la Galería Tetriakov incluida. Franqué una alta verja con el dictáfono en la mano, susurrando en él la fecha en la entrada, tomando nota de los lujosos autos (aquí también) frente a la mezquita y junto a ella, en una tiendita semivacía, el título de los libros que vendían, las escasas mercancías. Un lugar francamente desangelado, una vitrina que no parecía estar en Moscú sino en el Cáucaso, de tan pobre. Mi aspecto, el dictáfono en la mano despertaron las sospechas a un hombre que me interpela antes de que haya terminado la inspección de la tienda: “no puede usted, me dice, grabar nada aquí”. O bien, “¿qué hace grabando aquí?” Casi gritado, sus palabras rompiendo el cerco de una dentadura de falso oro, de pie, el mismo, sobre unas pantuflas de fieltro a cuadros, horrorosas. Horroroso todo él. Como un borracho o un vagabundo que descubres en un ramal en desuso y te grita porque has invadido su territorio, un pedazo que tiene reservado junto a la caseta del guarda agujas, en el piso, para pasar la noche. Miles en todo Moscú, de esos vagabundos. Y me disgusta enormemente oírle y me desentiendo de él moviendo la mano desde la muñeca, hacia arriba, elevando los dedos juntos: déjeme usted en paz, váyase. Un error. Salí de allí sin saber que el hombre me haría seguir. Hasta que me dan captura (puedo decirlo así) y soy sometido a una suerte de interrogatorio o a un interrogatorio real (nada de suerte).

Me sentí relajado como un prisionero por fin en su celda, cuando la persecución hubo terminado y pude lidiar con el peligro real de las trampas del instructor. Mientras hablábamos en su gabinete, no dejé de pensar que en cualquier momento interrumpiría la plática con un manotazo en la mesa, se pondría de pie, daría un paso hacia atrás (dos pasos) y adelantaría el brazo, señalándome, innecesariamente, al tiempo que los agentes uniformados se abalanzarían hacia mí. Lo esperaba, aunque no dejaba de tomar notas, seguir su plática, como se sigue viviendo aunque se esté enfermo, sin tiempo a detenerse. Me había subido, más inteligente que los otros, a su gabinete para reducir mis posibilidades de fuga (aunque abajo, la distancia hasta la verja, lo apartado del lugar, las diez cuadras hasta la estación del metro dificultaban mi huida). Como prisionero en un territorio remoto, en una montaña del Cáucaso (e imaginé la suerte de los periodistas, de los hombres de negocios que secuestran en el sur de Rusia). Y también como en una película mala, lo recordé ahora, cuando pensaba que me había logrado sacar de arriba al hombre de los dientes de falso oro y pantuflas, me había acercado a él para preguntarle, con absoluta inocencia y atraído por su aire de respetabilidad, cómo llegar a la sinagoga. Me lo mostró, el camino, sin mirarme inquisitivamente, con absoluta cortesía, porque en ese momento no sabía del incidente ocurrido en la mezquita, con su lugarteniente o secuaz, y sólo cuando ya había avanzado yo un tramo, inspeccionado la puerta cerrada del templo ortodoxo, donde como un cristiano entre los sarracenos pensaba pedir asilo, llegó a él el secuaz seguido de un hombre joven, un gordo con botas de caña alta, pantalones de camuflaje y camiseta negra (un atuendo terrible para una tarde en Moscú, con tantos niños jugando frente a sus casas, las abuelitas preparando la cena) y ordenó a aquel guardia de seguridad, un imbécil, darme alcance y traerme de vuelta a ser interrogado.

Lo vi cuando hube rebasado el fundamento del templo budista, la primera piedra. Lo vi avanzar a paso rápido y tuve la sospecha de que me perseguía. Cuando ya estuvo tan cerca que podía alcanzarme con su voz, me gritó, ¡detente! Y asimilando yo la orden como una instrucción contraria, apreté el paso (no corrí, no diré que corrí) para llegar a las puertas de la sinagoga. Construcción no menos horrenda, un como cubo gris con puertas de cristal, donde tampoco me dieron asilo. No me permitieron entrar, unos guardias, también vestidos de camuflaje, unos custodios privados. No te me vayas a escapar, me gritó el primero, y me agarró por el codo, porque, en efecto, había yo lanzado una mirada desesperada a un auto que en ese momento tomaba una curva al fondo del parque temático y doblaba y se perdía entre los edificios. Le grité lo de rigor en esos casos, ¿saben ustedes? “Extranjero, mi embajada, etc.” También tomado de un filme de cuarta. En lo alto de la escalera, los dos custodios estudiaban la escena sin ánimos de inmiscuirse. Lo cierto es que podía ser yo un comerciante extranjero o bien un diplomático. No bajaron a golpearme alegremente como lo hubieran hecho de ser un nacional. “Llama a la policía”, le aconsejó uno de los custodios al gordo. No, debía llevarme ante su superior al que le daría cuenta de por qué había estado contando las ventanas. (Otra vez, ahora que lo pienso, el mismo motivo absurdo de las ventanas). ¿Ventanas? ¿Cuáles ventanas?, repetí estupefacto primero y acto seguido aliviado, porque era ¡tan claro! ¡Un malentendido! No había contado ningunas ventanas. Fácilmente, me dije, aclararía aquello, pero mientras deshacíamos el camino, comprendí lo difícil que sería sacarles de su error. Había dictado a la grabadora el título de los libros (*El Islam para niños*), las pobres mercancías que tenían expuestas, el aspecto desangelado del lugar, ¡pero lo había dictado en español! ¿Cómo lograría sacarlos de su error? Imaginé, además, que terminarían quemando todas mis cintas, mis libretas de notas. (Y después, cuando estuve arriba en la oficina del director

y graciosamente me regaló unas fotos del lugar, donde se veían perfectamente las ventanas, que podían ser contadas sin dificultad, estuve a punto de decirle “pero si aquí las hubiera podido contar”. Alguien que hubiera querido conocer el número de ventanas, ¿habría tenido que entrar, exponerse?) Pero de ese tipo, absurdas e inverosímiles, son las acusaciones que en una guerra te llevan frente a un pelotón de fusilamiento (ni que Dios lo quiera), contando por última vez las ventanas de los multifamiliares, desde el patio de la mezquita, antes de escuchar la descarga). “No conté ningunas ventanas, déjeme explicarle. Es absurdo, ¿cuáles ventanas? Soy periodista (mentí)”. El hombre bien peinado, de camisa blanca y zapatos limpios, me escuchó con una mueca de absoluta desconfianza y desprecio por un espía, un informante abyecto que el enemigo había a enviado a contar sus ventanas. Desconfiando incluso, estoy seguro, de mi fingido acento, porque en una situación así, de absoluto nerviosismo y frío en los dedos, se me entorpece la lengua en español, titubeo, y en ruso se me entorpece la lengua, titubeo y se acentúa (involuntariamente) mi acento. Le expliqué, ahora así, en esas condiciones, todavía sin maniatar, lo que le habría explicado en condiciones más amables, la idea (¡absurda!) de venir a Moscú a escribir un libro el año 2000 (año de mi ajusticiamiento, por error, a manos de una milicia musulmana), todo lo que el lector conoce. Cortó mi exposición: “¿Y las ventanas? ¿Con qué objetivo contabas las ventanas?” “¡¿Cuáles ventanas?! ¡¿Cuáles?!” Nada de ventanas, un infundio, una acusación infundada. ¿De dónde habían salido esas ventanas? Se adelantó entonces el hombre de los dientes de falso oro. Me acusó señalándome con su sucio índice: “tú, dijo, estabas contando ventanas”. “Sí -confirmó el hombre de la camisa blanca, el de aspecto (falsamente) respetable -lo sabemos, que estabas contando las ventanas. Llama a la policía”, ordenó al gordo. “No, a la policía no (porque no me había registrado, ya lo dije, y no quería otra vez lo de la multa, agravado ahora por las

ventanas. Lo que hubiera representado unos cien dólares de soborno, por ver la primera piedra del primer templo budista, del Disney religioso). Volví a levantarme del polvo, rehíce el discurso con infinita paciencia (¡con paciencia oriental!), negué los cargos de las ventanas, me aferré al Año Cero, le hablé otra vez del libro. Soy periodista (volví a mentir). Y sin saberlo, cuando el hombre de la camisa blanca ya me había dejado en manos de la jauría, pisé otra mina oculta: “¿Periodista?” “Sí, bueno, escritor” (algo que nunca digo). “¿Tendrás entonces (inquirió con una sonrisa) un carnet de escritor?” “¿Un carnet de escritor? No, no tengo.” “¿Cómo afirmas, entonces, que lo eres?” (En pleno siglo XX, bueno, a fines, en Europa, ese tipo de preguntas.) No podía seguir hablando con ese hombre... Yo, en efecto, no tenía un carnet de escritor, pero ¿acaso León Tolstoi o Fiodor Dostoievski tenían uno? No le dije eso, incluso evité mirarlo porque no había nada, ningún gesto que leer en su rostro, solo maldad. Entonces quiso la suerte que volviera a aparecer el hombre de la camisa blanca. Le volví a explicar y quizá ya había entendido que mi misión, de tener yo alguna, no podía ser la de contar ventanas. Quiso averiguarlo y me pidió que subiéramos a su oficina. Comprendió por fin en ella el error de “sus hombres”. Se disculpó, amablemente, ante mí. Me reprendió: “Cometió usted un error. No somos queridos aquí. Hay una guerra en el sur, en el Cáucaso ¿comprende?”